

AGUILERA CERNI - VILAFAMÉS O LA CONQUISTA DEL FUTURO

AGUILERA CERNI - VILAFAMÉS OR THE CONQUEST OF THE FUTURE

Mercedes Torres Aguilera-Cerni
*Doctora en Ciencias de la Información
por la Universidad Politécnica de Valencia*

Resumen Vicente Aguilera Cerni, crítico de arte, escritor y director del que fuera y aún es uno de los más originales proyectos museísticos en España y probablemente de Europa, encontró en la pequeña localidad castellonense de Vilafamés el marco perfecto para desarrollar el proyecto de su vida, estableciéndose así una relación simbiótica entre pueblo y Museo que ayudaría a ambos a conquistar un futuro, que el enamorado de las utopías que fue Aguilera Cerni supo vislumbrar pese a las dificultades de todo orden que encontraría el proyecto. Personaje comprometido y una de las figuras críticas más relevantes del panorama artístico del siglo xx, el fundador del Museo Popular de Arte Contemporáneo de Vilafamés, rebautizado después como Museo de Arte Contemporáneo Vicente Aguilera Cerni, encontraría en este hermoso rincón de la Plana Alta, el lugar definitivo en su vida personal y profesional. Un recorrido por la vida de Aguilera Cerni y por el lugar que amó y un recuerdo a los personajes que hicieron posible esa probabilidad improbable que es el Museo de Vilafamés.

Palabras clave Vicente Aguilera Cerni, museo, Vilafamés.

Abstract Vicente Aguilera Cerni, art critic, writer and director of which was and still is one of the most original museum projects in Spain and probably in Europe found in the small provincial town of Vilafamés the perfect framework to develop the project of his life. Thereby establishing a symbiotic relationship between town and museum that would help both conquer a future that Aguilera Cerni, a lover of utopias, was able to discern despite all types of difficulties that would face the project. A committed character and one of the most relevant critical figures in the artistic panorama of the 20th century, the founder of the popular Museum of Contemporary Art of Vilafamés, renamed later as Museum of Contemporary Art, Vicente Aguilera Cerni, found in this beautiful corner of the Plana Alta, the final station in his personal and professional life. A tour through Aguilera Cerni's life and the place he loved and a reminder of the persons that made it possible: the unlikely probability that is the Vilafamés Museum.

Keywords Vicente Aguilera Cerni, Museum, Vilafamés.

«Estamos contemplando ese milagro, de la naturaleza y de los hombres, se llama Vilafamés»¹. Estas palabras resumen la historia de un amor capaz de traspasar las dificultades, el tiempo, algunas incomprensiones e innumerables contratiempos de todo orden, económicos, prácticos, políticos y personales. Estas palabras no están dichas al azar sino que son fruto de un sentimiento profundo y hasta doloroso. Reflejan la pasión de un hombre, Vicente Aguilera Cerni, que supo desde el primer momento en que pisó las calles empedradas de aquel pequeño rincón del mundo que no debía abandonarlo jamás. Y así fue. A su muerte, en 2005, su familia no tuvo ninguna duda sobre el lugar dónde debía permanecer, ni siquiera se habló. Tenía que regresar a Vilafamés. Al Museo. Al patio con su querido y siempre fecundo limonero. Hay cosas sobre las que no cabe atisbo de duda.

Todos tenemos un lugar en el mundo. Ese descubrimiento muchas veces es tan importante como ver iluminados cualquiera de los prismas que nos conforman como personas: lo que nos apasiona y lo que aborrecemos, nuestros dones y los defectos oscuros que los demás ignoran, el primer recuerdo que atesoramos, el olor de nuestra madre. Las convicciones que nos animan. Aquello en lo que profundamente creemos. Y un día lo encontramos. El descubrimiento es casual a veces, nos topamos con él de camino a otro lugar. O lo encontramos tras años soñándolo. El caso es que inopinadamente un buen día casi todo el mundo puede decir que descubre ese sitio donde se siente la persona que realmente es y no un extraño. Un lugar donde siempre quieres regresar, con el que sueñas.

Una vez hubo un joven que devoraba libros y al que su vez devoraba un ansia a la que desde niño no supo poner nombre. Desde un pequeño mirador en la calle Castellón de Valencia, contemplaba la cercana Gran Vía mientras Clotilde, su madre, hija de una acomodada familia ceutí, administraba con poco tino el patrimonio

¹ Aguilera Cerni, sin fecha. *Un testimonio en el tiempo*. Fragmento de borrador del guion para un documental sobre Vilafamés conservado entre la documentación personal de Aguilera Cerni.



Con su madre Clotilde Cerni y su hermano José en 1923, cuando tenía 3 años.

familiar. Huérfano de padre –José, médico militar– desde los siete años, había cumplido los 15 cuando la Guerra Civil le estalló prácticamente en la cara. El joven moreno, de piel siempre pálida, delgado, contemplaría con los ojos bien abiertos desfilas por la calle Colón –cercana a su casa y al instituto Luis Vives donde estudió algún tiempo– a las Brigadas Internacionales. Algo se removió en su interior y con dieciséis años tomó la primera gran decisión de su vida, escaparse al frente. Aquella experiencia le cambiaría para siempre y le situaría ideológicamente en un lugar elegido desde el corazón –ese que gobernaría siempre en sus decisiones– lejos de la familia, cerca de lo que él consideró y consideraría de por vida la justicia con el hombre. Con veinte años ese terremoto que supuso para el adolescente la contienda fratricida española quedaría plasmada en un poemario fechado en el año 1941, tan descarnado como hermoso titulado *Historia y presagio* (Aguilera, 2010).



Vicente Aguilera Cerni en una imagen de 1941, año en que está fechado el poemario *Historia y presagio*.

Hacia tiempo que el joven sabía en qué creer pero aún no sabía quién era ni mucho menos cuál era su lugar en el mundo. La enfermedad, que también marcaría su vida, le impidió finalizar unos estudios universitarios que la guerra acabaría por invalidar y que, en cualquier caso, le quedaban pequeños. Escribía. De todo. Poesía, novela, ensayo, páginas y páginas que, en buena parte, no han visto la luz, que pudieron ser, pero no fueron el camino. La enfermedad no hizo sino aumentar esa voracidad lectora que, combinada con sus inquietudes sociales «las actividades que pretenden encontrar su fin en sí mismas, están en estado de culpa. Cierran los ojos para no ver su complicidad –es indiferente que sea activa o pasiva– con cosas como el terror, el asesinato, el hambre...» (Aguilera, 1987:74) acabaría por convertir su pluma en un arma certera de compromiso con su tiempo, con el ser humano. El arte –«hija de la vida» (Aguilera, 1987:75) y «pulsación del hombre» (Blasco, 2011:108),

como la llamaría él– ya estaba a la vuelta del camino, oculta en un recodo del mapa de su vida. El medievalismo primero, ese gran amor que acabaría derivando en frustración, un deseo no materializado: «arrastrado por las demandas de la “modernidad”, abandoné mi vocación por el medievo valenciano. De haberla podido seguir, habría resultado tan extemporáneo como ahora, pero seguramente siendo algo más feliz» (Aguilera, 1987). El gran Sorolla. Pero pronto siente que su actividad tiene que tener un sentido útil desde el punto de vista social:

...la realidad agónica del ser existente, además de ser soledad y libertad, es el resultado de un conflicto entre su propia intimidad esencial y el oleaje de lo que no puede serle ajeno, mal que le pese: la herencia, la historia, la sociedad y cuanto constituye su raíz, su contorno, su mundo, su realidad complementaria (Aguilera, 1987:75)

El crítico comprometido emerge ya dejando atrás al niño que corre por La Alameda, cargando aquel primer dolor que siempre arrastraría por la muerte de su padre, al adolescente que arenga a los soldados en el Frente del Ebro y que regresa caminando a Valencia, el gran seductor en cuya vida tuvieron un papel clave las mujeres. Ya está en su vida Mercedes, su prima hermana, consciente como nadie de estar ante un ser brillante, de un talento literario apabullante que vagaba perdido y que había que encarrilar. La elegante, la fuerte, la inocente, la culta Mercedes, la mujer que compartiría su azarosa vida hasta aquella última madrugada del uno de enero de 2005. Es imprescindible, además, porque él nunca dejó de remarcarla, recordar la influencia en su vida de nombres relevantes en el panorama cultural valenciano como Leandro de Saralegui, Felipe María Garín Ortiz de Taranco, de la familia Gaos o de Juan Gil-Albert.

Pero hablábamos de un lugar. En su vida me atrevería a decir que destacaron tres. Estaba Venecia, la ciudad que supo reconocer como nadie su talento, a la que regresaba siempre que podía, la mayor parte de las veces, a costa de grandes sacrificios económicos familiares.



El día de su boda con Mercedes Ingunza Cerni, en 1945.



Con Manolo, en la terraza de su casa de Vilafamés.

El segundo lugar no puede ser otro que Valencia y, dentro del universo que cualquier gran urbe representa, aquel microcosmos que era la inolvidable casa de Fernando el Católico con su pasillo largo de baldosines mal fijados, el comedor que se abría a un enorme patio de manzana en el que ondeaban sábanas al viento y en el que se escuchaban sonidos cotidianos y maullidos de gatos, el despacho desde el que se contemplaban las copas altas de los árboles de la Gran Vía donde transcurrían sus días, pluma en mano, inclinado sobre su mesa con las gafas de concha –que aún conservamos– puestas, junto al único teléfono de la casa, rojo, al que siempre contestaba él. El dormitorio, anejo al despacho, que no era sino una extensión de éste con su imponente archivo, el panorama que Mercedes veía cada mañana al despertarse, con inagotable paciencia y que ahora conforma el grueso del CIDA, un legado recopilado con esmero y meticulosidad durante años. Aquella casa tan querida de decoración escueta con sus techos altísimos donde convivieron tres mujeres con idéntico nombre, Mercedes, y la queridísima tía Otilia, que cuidó de las tres desde niñas. Su destino, como dijimos, siempre estuvo marcado por las mujeres

Pero el lugar de su vida no era ninguno de esos dos. Al lugar de su vida nadie le preparó para llegar, nunca imaginó que alguien como él, al fin un hombre de ciudad, pudiera llegar a enamorarse de nada como se enamoró de aquel pequeño pueblo en el que un día recaló con su hija regresando de la Costa Azul para visitar a su tío Paco, el hermano pequeño de su madre, la primera persona que le había abierto las puertas de su biblioteca y por tanto personaje doblemente definitivo en su trayectoria. Y así de pronto se topó con Vilafamés. Y creo que casi desde el primer momento lo supo. Él quiso con auténtica pasión ese lugar, «esa singular colectividad a la que yo pertenezco con el alma entera»². No había persona más feliz que él al adivinar la silueta del castillo

² Aguilera Cerni, 1991. Acta del pleno del día 7 de diciembre de 1991 del Consell Valencià de Cultura de la Generalitat Valenciana celebrado en el Museo de Vilafamés.

recortándose al mediodía ante nuestros ojos, el maletero cargado de trastos y el estómago felizmente vacío ante la perspectiva de una paella con baquetas –siempre fue un hombre de gustos sencillos– en el bar de la señora Luisa, inolvidable ella e inolvidables sus guisos, antes de nada más, antes de que nadie supiera que habíamos llegado. Ni Manolo, ni Vicente Benet, ni nuestras vecinas Lola y Maruja, ni los Cantalapiedra –su queridísimo amigo Gabriel– ni los Celis, ni los Frechilla, ni Progreso. Ni Beatriz Guttman. Ni nuestro querido Javier Salas. Ni los Garnería. Comíamos en la cocina y la señora Luisa –con sus gafas de cristal grueso y sus ojillos oscuros– se sentaba a nuestro lado satisfecha. Los mayores bebían vino con gaseosa. La pequeña que era yo entonces un refresco. Y después, al terminar, nuestro coche se deslizaba por las calles silenciosas hasta el Planet, a un paso de nuestra casa, con su olor a pintura y a roca húmeda, tan fresca, a dormir la siesta. Y después claro, el majestuoso Palau del Batlle, el Museo. La cara sonriente de Manolo tras su mesa esperándonos.

En el Museo se dejaba la piel. Aquel Museo era una flor rara y hermosa que los lugareños contemplaban sorprendidos en sus primeros tiempos pero que pronto convirtieron en su patrimonio, en parte de su paisaje vital. Al igual que el vetusto Palau del Batlle se fusionaba a la perfección con la vanguardia artística que pronto pobló sus salas, gracias a la generosidad y la confianza en el proyecto de Aguilera de tantos artistas, el pueblo y el museo «mezclaban». Desde el primer momento supieron entenderse, y con el tiempo quererse, igual que sucedió con Benet y Aguilera Cerni, aquellos dos hombres tan diferentes a los que el azar situó frente a frente. Dos hombres a priori antagónicos que sin embargo emprendieron juntos aquella gran aventura que hoy, más de cuarenta años después, sigue conservando el espíritu innovador y tenaz que lo convertiría en único. Compartían algo definitivo: la visión de futuro. Aguilera Cerni, que fue un enamorado de las utopías, diría: «Si eres conformista

–y yo no lo soy– partes de la base de que el futuro viene a ti, y si eres inconformista tratas de conquistar el futuro» (Blasco, 2011:139).

Pero Aguilera Cerni, que me atrevería a decir que poseía una mente preclara y una de las plumas más brillantes de su generación, era además un hombre que, ahora pienso, arrastró durante toda su vida una soledad que como un agujero negro le devoraba muchas veces por dentro: «los humanos están solos. Todos viven rodeados por anchos y profundos espacios de impenetrable soledad» (Aguilera, 1987: 53). Quienes le conocimos bien sabemos que era un hombre de carácter, de grandes afectos y de aversiones enconadas. Con él no solía haber medias tintas. Esa pasión con la que se enfrentaba a la vida estaba en cada renglón que escribía, porque realmente vivir y escribir eran uno solo, en cada proyecto que emprendía –cómo olvidar *Suma y Sigue del Arte Contemporáneo o Cimal*, por ejemplo– ponía todo cuanto era. Y no es que Vilafamés no fuera una excepción, es que Vilafamés, donde tanto trabajó, le dio muchísimo más de lo que jamás esperó:

Esa es la única grandeza posible: incorporar al propio ser la multiforme presencia de cuanto nos es dado conocer; llenarse hasta rebosar, contemplar humildemente y con amor lo que nos rodea y, sobre todo, esforzarnos para que nuestra soledad se alimente, con alegría e intención, de cosas esenciales y sencillas... (Aguilera, 1987: 57).

Y él se llenó de Vilafamés de modo que si había un lugar en el que se pudieran espantar las soledades ese lugar tenía las coordenadas precisas de Vilafamés, su silueta, el aroma justo de sus calles después de haber llovido y del camino que nos llevaba al valle, donde tantas veces recogimos caracoles y moras. El olor a verdín del pozo del patio donde caían las piedras con un eco sordo, el sonido incesante de las campanas. Y contagió ese amor de manera que durante un tiempo la parte alta del pueblo vivió una labor incesante de casas restaurándose, de idas y venidas. Aquello se llenó de artistas que también se enamoraron de aquello, cómo no hacerlo...



Con Eduardo Sanz y Nassio Bayarri, en el Museo.

Los veranos, el arte se escapaba por los resquicios de los muros del Museo e invadía las calles de Vilafamés. Los forasteros se integraron bien en el pueblo y el pueblo les acogió siempre tolerante, siempre generoso.

Desde el principio, desde la primera vez que puso un pie en Vilafamés, fue capaz de vislumbrar esa conjunción y su mantenimiento en el tiempo. Creyó que Vilafamés, que por sí mismo era ya un ente artístico –él que tanto defendió la idea de cultura artística como conjunto de representaciones colectivas que aglutinaba saberes, pero también costumbres, memoria histórica junto a las artes consideradas tradicionales y en cuanto factor activo con capacidad de mejorar el futuro– podía ser el lugar adecuado para desarrollar aquel experimento –en parte brillante, en parte borroso por las dificultades que representaba– que vendría a concretarse por fin en el Museo Popular de Arte

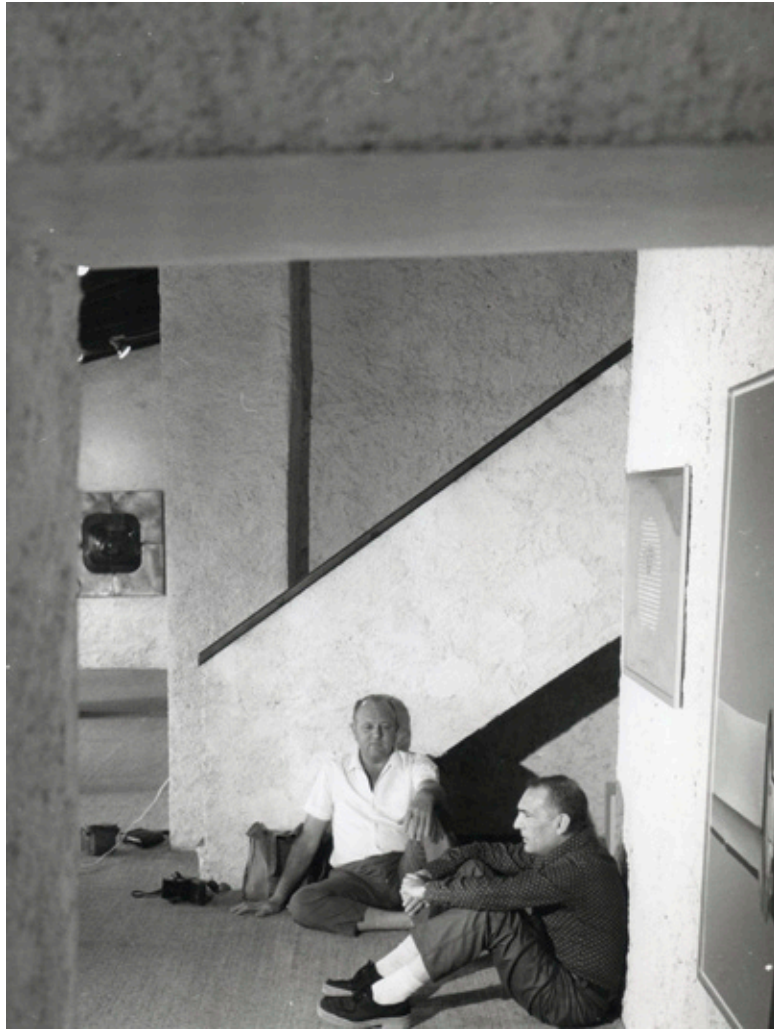


Reunión de la Junta Rectora en 1994. De izquierda a derecha: Amat Bellés, Aguilera Cerni, Vicente Esteller, Ramón Rodríguez Culebras, Gabriel Cantalapiedra, Vicente Benet, Miguel Conde, Manuel Vivó, Luis Prades, Juan Angel Blasco, Josep Manuel Sanchis y Nassio Bayarri.

Contemporáneo de Vilafamés. Así que donde muchos hubieran visto un pueblo bello en ruinas del que huían las generaciones jóvenes y que tendía a languidecer él –que también se vio impactado por esa belleza y con la suerte de encontrar a un hombre de la envergadura moral de Benet– alcanzó a vislumbrar un proyecto único. El Museo pondría a Vilafamés en un mapa en el que por méritos propios debía haber estado siempre. Y pronto el pueblo y el Museo ya no podían considerarse por separado. Ya no hay Vilafamés sin Museo ni el Museo podría imaginarse en ningún otro lugar del mundo que no fuera este. En palabras del fundador, el Museo, constituye

... un ejemplo límite en cuanto a su incidencia sociocultural y socioeconómica sobre el medio donde está instalado, al producirse en una comunidad rural [...] en proceso de ruina urbana y despoblación que se ha invertido gracias a la atracción representada por el Museo ... (Aguilera, 1976).

De alguna manera el Aguilera Cerni apasionado de la utopía encontró en Vilafamés el lugar perfecto en el que ver desarrollarse un modelo nuevo de Museo en el que imperaba el arte liberada de todo condicionante económico o político, que no social, y donde consiguió no solo implicar sino entusiasmar a artistas, a estudiosos, a lugareños, a la prensa y donde por encima de todo él pudo desarrollar el proyecto de su vida, que no llegó a tener pleno sentido hasta que en España se reestablecieron las libertades democráticas pero que ya antes –no sin un alta dosis de valentía por parte de todos cuantos se implicaron en la etapa fundacional del Museo, que en su propia denominación agrupaba términos tan sospechosos por aquellos tiempos como Popular y Contemporáneo– creció en medio del yermo panorama cultural del franquismo como una anomalía que abanderaba la esperanza de un futuro en libertad. Vicente Benet conserva innumerables anécdotas de las negociaciones que llevo a cabo con los estamentos políticos del tardo franquismo y que milagrosamente, o puede



Vicente Benet y Aguilera Cerni en la etapa fundacional del Museo.



Con Benet, una amistad que se mantuvo hasta el final.



Junto a José Garnería en una instantánea de 1987.



Con Juan Ángel Blasco Carrascosa.

que gracias al talante de Benet, accedieron a que aquella flor rara, ideada por un opositor declarado al régimen, echara raíces y lo hiciera en Vilafamés. La flor logró brotar. Nació en tiempo de sequía cultural y económica –esta última se mantendría siempre por otro lado. El propio Aguilera se asombraría de que hubieran sido capaces de montar un museo sin dinero. Por el más puro amor al arte, tomado esto en el sentido más literal de la palabra, de todos cuantos en estos años han tomado parte en la andadura, muchas veces azarosa del Museu Popular d'Art Contemporani de Vilafamés, rebautizado después como Aguilera Cerni, sin olvidar los años de ardua dedicación de Juan Ángel Blasco como director adjunto y de José Garnería que a la muerte de Aguilera sería nombrado director de Museo.

Sin duda, como decíamos, este fue el gran amor de su vida. El Museo y el pueblo. Como allegada a él puedo contar que en casa de mis abuelos nunca hubo fotos en las paredes ni adornando los muebles. Sólo libros, sólo cuadros. Las fotos, que sí existían y eran muchas –en buena proporción de la familia de Ceuta de donde procedían las madres de ambos, primos hermanos– se guardaban en cajas o en cajones. Sin embargo, él quiso enmarcar una fotografía de su padre y ésta adornó durante años las paredes de nuestra casa de Vilafamés. Es prácticamente la única foto familiar que recuerdo colgada. Tan importante era aquel lugar para él.

Cuando las visitas a Vilafamés tuvieron que espaciarse por motivos de salud y de la edad nos pidió que le lleváramos la fotografía de su padre. En el despacho de la nueva casa de Fernando el Católico donde aún pasó muchos ratos leyendo y escribiendo –los abuelos se cambiaron de casa pero nunca de barrio, ni siquiera de calle– ya sin el colosal archivo que había pasado a formar parte del CIDA, lució por primera vez el retrato de José Aguilera, su padre. En el dormitorio, junto a su cama, colgó y aún permanece allí, el cuadro de un paisaje: Vilafamés en la distancia, creo yo que justo como lo veíamos aquellos mediodías de canícula cuando nuestro coche se aproximaba lento al pueblo, los mejores años –pienso– de su vida. Y también de la nuestra, por más que esa percepción de la felicidad, solo suele tenerse después.

Él, que cómo bien dirían Fernando Alvira y Jesús Cámara, nunca renunció a la emoción y al compromiso, a la vehemencia como actitud vital (Alvira, Cámara, 2010:11), se emocionó y se comprometió con Vilafamés hasta el final. Nunca dejó, ni siquiera cuando su único horizonte fueron ya los árboles de la frondosa Gran Vía, de pensar en Vilafamés, ni en el Museo, ni de enviar documentación al CIDA. Como nunca dejó de escribir. Esa si hubiera sido una muerte segura, una vejez segura y eterna, una renuncia total a sí mismo, a la vida a la que se aferraba como un árbol a la tierra, con raíces profundas. Le gustaba mucho la vida, tal vez porque dema-

siadas veces había estado a punto de perderla. Disfrutaba mucho de la comida, de pasear un rato cada tarde –una costumbre que no perdió hasta el final de su vida–, de la música barroca y de la ópera –se emocionaba hasta las lágrimas con Pavarotti–, de los perros, que le encantaban –nunca tuvo uno de pequeño y esa era su asignatura pendiente, así llegó a su vida Morris, su inseparable compañero–, de los libros, como no, de leer cada día la prensa acodado en la mesa del despacho mientras el sol matinal se esparcía por la habitación. Era coqueto, cariñoso y a veces colérico. Ingenuo y protector. Le conmovía profundamente lo que sucedía a su alrededor: recuerdo perfectamente cómo lloró el día que se produjeron los atentados del 11-M en Madrid, la víspera de la que sería su última estancia en el hospital y cómo se lamentaría de no poder ir a votar. Creía en la gente sencilla y desconfiaba de la pedantería. Nunca superó la aprensión que le producía hablar en público ni la honda huella de soledad que le dejaron tanto la pérdida de su padre como la distancia de una madre a la que adoraba, pero que siempre sintió lejana. Tampoco percibió esa cercanía en su hermano mayor. Tuvo grandes amigos que supieron aceptarle con su bondad y con su –a veces enconado– genio y que no dejaron de serlo incluso cuando su obstinado carácter hizo peligrar la amistad. Nunca perdió la capacidad de sorprenderse ante los avances humanos. Nunca renunció a los principios que le animaron desde la adolescencia ni al optimismo que le hacía creer profundamente en los hombres y en su capacidad para mejorar y para cambiar el futuro. Era terco y brillante. Esa personalidad la conservó, inevitablemente algo pulida por la edad, hasta el final.

Aguilera Cerni fue un hombre con suerte. Tuvo la suerte de ser tocado por el talento y la fortuna además de poder encauzarlo con éxito a través de la crítica, el arte –de alguna manera– le salvó de sus propios demonios, de su –si es que es posible que exista esto– su talento excesivo que necesitaba encontrar una espita por la que salir. Por encima de todo tuvo el privilegio de vivir como quiso y de vivir con esa vehemencia

que era el sello principal de su carácter. Puede que el exceso de ésta tuviera algo que ver en su periplo coronario, que le llevó en varias ocasiones a ser desahuciado por los médicos que no contaban con la fortaleza de su corazón maltrecho. Un corazón de espíritu eternamente joven, eternamente fiel a los principios que hizo suyos siendo un adolescente, eternamente enganchado a la vida. También tuvo la fortuna de encontrar un lugar en el que ser feliz, por pueril que pueda sonar esto. Con las muchas luchas y conflictos y contratiempos que le supuso el Museo –él que con tanto ímpetu lo vivía todo–, con los amigos que perdió por el camino y las idas y venidas de personas que pasaron por el proyecto –muchas veces achantadas por la enérgica personalidad del fundador y por la entrega que requería–, creo que no hubo en su vida nada que le llenara el corazón –ese corazón que con tanta virulencia se enfrentaba a la vida– como el Museo ni como Vilafamés. Trabajó mucho allí, creyó mucho en aquello y nada le enorgulleció tanto como que Vilafamés le nombrara hijo adoptivo. Le recuerdo mucho en nuestra casa, con sus interminables escaleras, las cenas con amigos en la mesa de madera de la cocina o la del comedor si eran muchos los invitados: Batiste y Consuelo, Nassio, Progreso y Amparo, Javier Salas y Aurora García, Agustín y Miranda Celis, Beatriz y Leandro, Lorenzo Frechilla y su mujer Teresa o Pepe Garnería y Amparo, es imposible nombrarles a todos aquí por lo que me disculpo pero vaya para cada uno



El 15 de agosto de 1973, en el acto de nombramiento de Aguilera Cerni como Hijo Adoptivo de Vilafamés.

de ellos nuestro recuerdo emocionado, nuestro cariño y una infinita nostalgia; en el estudio escuchando música mientras escribía junto al balcón de espaldas a Penyagolosa. En la terraza a la sombra del campanario de la Iglesia regando los geranios. Y el caso es que le recuerdo muy feliz. Le gustaba recordar los primeros tiempos en Vilafamés, acarreado agua desde la fuente hasta la casa y los primeros pasos del Museo. Le gustaba sentarse en el Planet a tomar el fresco con los vecinos mientras los niños corrían bocadillo en mano al atardecer por las calles mientras las madres repetían su particular mantra vespertino: *que cauràs*. Le gustaba desayunar en la cocina escuchando el bando de Manolo, estaba satisfecho de compartir aquello con su hija Mercedes –creo que la persona por la que más se dejó aconsejar en su vida– y su yerno –el editor Fernando Torres– y con su nieta. Recuerdo aquellos veranos larguísimos de la infancia, las tardes él solía pasarlas en el Museo –siempre había algo que hablar o que hacer– y yo jugaba escaleras arriba y abajo por el laberíntico palacio o iba a hacer la compra con la abuela por las cuestas del pueblo.

Él, que salió con dieciséis años a la búsqueda de un porvenir esquivo dejando atrás todo cuanto conocía con esa valentía que sólo suelen enarbolar las personas comprometidas con los demás, siempre supo que no había otra salida que luchar por el futuro. Pero no por un futuro propio sino por un futuro colectivo. En Vilafamés lo conquistó. Para sí mismo, para el arte, para esa colectividad que él decía querer con el alma entera. Para ese pueblo del que fue y será hijo para siempre. El lugar que eligió para ser feliz y donde descansa.

Nota: Es imprescindible aclarar las muchas carencias de este artículo. Me pareció que la única manera en la que podía encararlo de una manera honesta era desde mi posición de hija, dado que él ejerció de padre conmigo durante casi toda mi vida. Me disculpo pues por la falta de academicismo y puede que de rigor de estas líneas. Pero garantizo que están escritas desde un afecto hondo a Vilafamés, al Museo y desde luego desde la inevitable emoción que me pro-

duce evocar la figura de mi abuelo. A su memoria van dedicadas estas líneas. Quiero pensar que le hubiera gustado leerlas.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILERA CERNI, Vicente (1966) *Panorama del nuevo arte español*, Madrid: Ediciones Guadarrama.
- (1969) *El arte impugnado*, Madrid: Editorial Cuadernos para el Diálogo.
- (1987) *Textos, pretextos y notas. Escritos escogidos 1953-1987*, Valencia: Ajuntament de València.
- (2010) *Historia y presagio. Poemas 1941*, Museo Salvador Victoria y Asociación Española de Críticos de Arte. Rubielos de Mora-Madrid.
- (1976) *Arte y compromiso histórico (sobre el caso español)*, Valencia: Fernando Torres Editor.
- AGUILERA CERNI, Vicente et al. (1980) *Diccionario del Arte Moderno: Conceptos, Ideas, Tendencias*, Valencia: Fernando Torres Editor.
- ALVIRA, Fernando y CÁMARA, Jesús (2010) «El crítico que nació poeta», *Historia y presagio. Poemas 1941*, Rubielos de Mora-Madrid: Museo Salvador Victoria y Asociación Española de Críticos de Arte.
- BLASCO CARRASCOSA, Juan Ángel (1995): *Museo Popular de Arte Contemporáneo de Vilafamés. Catálogo-Guía*, Prólogo de Vicente Aguilera Cerni, Valencia: Generalitat Valenciana, Serie Minor.
- (2011) *Vicente Aguilera Cerni*, Valencia: Consell Valencià de Cultura.
- GUTTMANN GOLDBERGER, Beatriz (1995) *El Museo de Vilafamés: un hecho insólito*, Castellón: Diputación de Castellón.
- MARTÍNEZ, Aurelio (197-?) *Un museo y un pueblo: repercusiones económicas ocasionadas por el Museo Popular de Arte Contemporáneo en Villafamés*, Castellón: Publicaciones del Museo Popular de Arte Contemporáneo de Vilafamés.

Recibido el 6 del 7 de 2015

Aceptado el 17 del 11 de 2015

BIBLID [2530-1330 (2016): 49-58]